

compasion de nuestras miserias, de deseo de nuestra salvacion, y sobre todo de caridad; la cual despues de muchos trabajos pasados por nuestro remedio, no paró hasta llegar á la Cruz. Aquí veremos cómo se muestra siempre Dios omnipotente en dar remedio á todas las enfermedades y necesidades ajenas, y hombre flaco en la defension de sus injurias (*h*): á veces escondiéndose de sus enemigos, á veces huyendo dellos, como cuando huyó á Egipto (*i*), y cuando se apartó al desierto con sus discípulos por dar lugar á la ira de sus contrarios (*k*): enseñándonos en esto, cuán poderosos y largos habemos de ser para con los prójimos, y cuán estrechos para con nosotros. Con estas virtudes se nos representa tan dulce, tan amable y tan suave; y con ellas mismas nos puso delante un perfectísimo retrato de la condicion y de las virtudes de su eterno Padre; porque cual se nos representó aquí el Hijo, tal es tambien el Padre, no ménos amable, ni ménos blando y misericordioso que él para los humildes, ni ménos severo para con los soberbios y malos.

§. III.

De las Epístolas de Sant Pablo.

Tampoco hay palabras que basten para declarar la excelencia de la doctrina que contienen las Epístolas de Sant Pablo; porque primeramente se puede con razon decir dél, que fué intérprete y comentador del Evangelio. Porque los santos Evangelistas no hacen mas que contar con palabras simples amigas de la verdad, la historia de la vida y pasion de nuestro Salvador, sin encarecer la grandeza de aquel misterio y beneficio. Mas sobre este canto llano envió Dios este órgano del cielo, este divino Cantor, que con una voz de ángel echase un contrapunto sobre este canto llano; con lo cual hace una tan suave música y melodía; que sumamente deleita y suspende con una maravillosa dulzura las ánimas purgadas y dispuestas para sentir la grandeza destes misterios. Porque por aquí primeramente nos descubre las riquezas (*l*) de aquella infinita bondad y misericordia del Padre Eterno, que por un tan alto medio como fué la encarnacion y pasion de su Hijo, nos quiso remediar y honrar, y resucitar, de la muerte á vida, y asentarnos con él en su gloria. Por aquí dice que apareció en el mundo la benignidad y blandura de nuestro Dios (*m*): no por las obras de justicia que nosotros hiciésemos, sino por sola su misericordia, por la cual nos quiso salvar. Por aquí se nos declaró la grandeza de la caridad de Cristo para con los hombres (*n*): la cual se extendió á morir, no solo por los justos, sino tambien por los pecadores; no solo por los amigos, sino tambien por los enemigos, y por aquellos mismos que derramaron su sangre; y con esto nos incita á amar á quien tanto nos amó, y á darle gracias por este summo beneficio. Y por aquí tambien nos pone un santo y necesario temor, si fuéremos negligentes en aprovecharnos deste tan grande remedio y salud que Dios nos envió. Y no ménos por aquí esfuerza y confirma nuestra esperanza, diciendo (*o*) que pues Dios nos dió su Hijo, no habrá cosa que nos niegue por él; pues quien dió lo mas, y tanto mas, no negará lo que es mucho ménos. Y á esta misma virtud, juntamente con la caridad nos convida, cuando tantas veces nos encarece las riquezas inestimables de la gracia, y de los

(h) Joan. 8. (i) Matth. 2. (k) Joan. 11. (l) Ephes. 2. (m) Tit. 3. (n) Rom. 5. (o) Rom. 8.

bienes que nos vinieron por Cristo: el cual dice, que es nuestro abogado (*p*), nuestro propiciatorio, nuestro pontífice y sacerdote, nuestra sabiduría, nuestra justicia (conviene á saber, causa de nuestra justicia), nuestra santificacion y redempcion. Por aquí tambien nos obliga á aborrecer con summo odio los pecados; pues ellos fuéron los sayones que pusieron al Hijo de Dios (*q*) en la Cruz. Y por esto dice que los que pecan (cuanto es de su parte) lo vuelven otra vez á crucificar. Por aquí tambien nos exhorta á la mortificacion de nuestra carne con todos sus vicios y apetitos, para corresponder en alguna manera al que por nuestro remedio consintió ser crucificado la suya (*r*). Por esto dice el mismo Apóstol, que no sabía otra cosa sino á Cristo, y ese crucificado; porque dél aprendia estas y otras semejantes liciones, con que edificaba á sí y á todo el mundo (*s*). Y por esto dice, que en ninguna cosa se gloriaba sino en sola la Cruz deste Señor; en la cual hallaba tanta luz, tanta sabiduría, tantas consolaciones, tantos estímulos de amor de Dios, tanta fortaleza para sufrir trabajos por él, y finalmente tantas riquezas de gracia, que no hacia mas caso, ni de los favores del mundo, ni de sus persecuciones, de lo que haria un hombre crucificado y muerto. Y por todas estas cosas concluye y declara cuánta sea la excelencia deste misterio, diciendo (*t*): Manifiestamente se ve cuán grande sea este sacramento de la piedad que se descubrió en la carne y humanidad del Hijo de Dios, y fué justificado por autoridad del Espíritu Sancto, y fué revelado á los ángeles, y predicado á las gentes, y creído en el mundo, y finalmente llevado á la gloria. Este es pues el contrapunto que este órgano del Espíritu Sancto echó sobre aquel canto llano de la historia sencilla del Evangelio, sacando della tan grandes motivos para conocer á Dios, y para poner en él todo nuestro amor y esperanza, y para abrazar la virtud, y aborrecer el pecado, y mortificar nuestra carne.

§. IV.

Decláranse mas en particular algunas doctrinas morales del Apóstol, y lo que se requiere para entender las santas Escrituras.

Mas aquí es de notar que como tenga dos partes la doctrina cristiana, la una que trata del misterio de Cristo, y la otra de la institucion de nuestra vida, (que llaman doctrina moral), en ambas estas facultades es admirable este Apóstol, que fué dado por doctor de las gentes. Mas de la doctrina moral comunmente trata en el fin de cada una de sus epístolas. Y porque esta doctrina tanto es mas provechosa cuanto deciendo á cosas mas particulares, por esto da reglas en ellas de cómo se han de haber los padres con sus hijos, y los hijos con sus padres (*v*), los maridos con sus mujeres y las mujeres con sus maridos, los señores con sus siervos y los siervos con sus señores, los prelados con sus súbditos y los súbditos con sus prelados. Aquí tambien declara cuáles hayan de ser los obispos, los sacerdotes, los diáconos y ministros de la Iglesia (*x*). Aquí avisa cuáles hayan de ser las mujeres casadas, cuáles las vírgines, cuáles las viudas, y de qué manera han de ser socorridas en sus necesidades. Y es cosa mucho para considerar, ver cuán proporcionados da los avisos y consejos á todas estas maneras de personas, como hombre enseñado por el Espíritu Sancto. A los

(p) Hebr. 2. 4. 5. 1. Cor. 1. (q) Hebr. 6. (r) 1. Cor. 2. (s) Galat. 6. (t) 1. Tim. 3. (u) Ephes. 5. 6. (x) 1. Tim. 3. Tit. 1. et 2. 1. Tim. 2. et 5. 1. Cor. 7.

ricos manda (*y*) que no tengan altos pensamientos, ni pongan la confianza en sus riquezas, sino en solo Dios. A los viejos aconseja que sean templados en el comer y beber, que es vicio de viejos (*z*), ocasionado de la comun flaqueza desta edad. A las viudas aconseja (*a*) que se ocupen en oraciones dia y noche, para que por esta via hallen en Dios lo que perdieron en sus maridos. Desta manera procede por todos los estados de personas, señalando á cada uno lo que propriamente mas le pertenece.

Pues por lo dicho entenderá el cristiano lector algo de la excelencia desta sancta Escritura. Mas otro singular indicio nos da para esto el Salvador en aquellas palabras que dijo al pueblo: Si alguno quisiere hacer la voluntad de mi Padre (*b*), verá claro que mi doctrina es de aquel que me envió. En las cuales palabras nos da á entender que el juez entero, y sin sospecha de la verdad y excelencia de su doctrina, es el hombre que trabaja por cumplir la voluntad de Dios, guardando fielmente sus mandamientos. Porque así como para juzgar del sabor de los manjares se requiere que el paladar esté sano, así es necesario que el del ánimo lo esté para juzgar la cualidad de la doctrina; porque de otra manera, así como el doliente que tiene el paladar estragado y inficionado con malos humores, no juzga bien del sabor de los manjares, así los hombres de vidas estragadas, que aman la maldad y aborrecen la virtud, no son buenos jueces de la doctrina que enseña á bien vivir: la cual condena sus malas costumbres y mal vivir. Porque cómo aprobará la doctrina de la humildad el soberbio, y de la castidad el deshonesto, y de la mansedumbre el mal sufrido, y de la caridad el envidioso, y de la liberalidad el avariento? Y así leemos que predicando el Salvador contra el pecado de la avaricia (*c*) hacian burla dél los fariseos, por ser ellos muy tocados deste vicio. Pues por esto el juez derecho de la buena doctrina ha de ser el hombre virtuoso que tiene sano el paladar de su ánimo. Y este tal quiere el Salvador que sea juez de su doctrina. Porque si al que tal fuere, pusieren delante todas las leyes que ha habido en el mundo, verá mas claro que la luz del dia que la doctrina de Cristo es la mas verdadera, mas espiritual, mas sancta, mas conforme á la lumbré de la razon que el Criador infundió en nuestras ánimas, mas honoradora de Dios, mas amiga de los hombres, y mas enemiga y contraria á la carne y á todos sus apetitos, de cuantas ha habido en el mundo. Sea pues el hombre virtuoso juez desta causa, y no temerá nuestra doctrina venir á juicio ante su tribunal.

Pues por todo lo que hasta aquí se ha dicho se verá cuán grande sea esta excelencia de la religion cristiana, que es tener una tan saludable, tan católica y maravillosa doctrina para la instruccion de nuestra vida. Y juntamente con esta alabanza tiene otra, que es la verdad y sinceridad della; porque ninguna escriptura se hallará entre los filósofos, sea de Aristóteles, sea de Platon (que tuvieron los antiguos por los dos ojos del mundo), donde no haya algunos errores, de los cuales está totalmente libre nuestra filosofia. En lo cual parece ser aquella doctrina humana, y por consiguiente defectuosa como lo es el mismo hombre; y esta divina, pues está libre y exempta de todo error. Y con esta alabanza se junta otra, que es la concordia admirable del Testamento viejo con el

(y) 1. Tim. 6. (z) Tit. 2. (a) 1. Tim. 5. (b) Joan. 7. (c) Luc. 16.

nuevo: donde vemos que todo lo que allí se promete, aquí se cumple. Lo cual no es ménos argumento de ser esta doctrina revelada por Dios que el pasado. Pues según esto, ¿qué tiene que ver con esta celestial doctrina el Talmud de los judíos y el Alcoran de los moros, llenos de fábulas y patrañas mentirosísimas?

Pues en este vergel de flores que nunca se marchitan podrá el hombre virtuoso espaciarse y coger dél flores olorosas y saludables, que son sentencias y doctrinas con que sepa agradar á su Criador. Esta es aquella mesa real proveida de todos los manjares de que dice el Profeta (*d*): Aparejaste, Señor, una mesa delante de mí, la cual me da fuerzas y substancia contra todos mis enemigos. Pues en esta mesa hallará el hombre pasto para su ánima, instruccion para su vida, medicina para sus llagas, remedio para sus tentaciones y consuelo para sus trabajos; pues, como dice el mismo Apóstol (*e*), todas las cosas que están escriptas, fuéron escriptas para nuestra consolacion, para que por la consolacion y paciencia que nos enseñan las Escripturas, crezcamos en la esperanza de los bienes eternos. Mas en cabo advierto, que esta leccion no es toda para todos, sino para solos los humildes y para los que están ya fundados en el estudio y conocimiento de la doctrina católica.

CAPITULO X.

De la octava excelencia de la religion cristiana, que es la pureza de vida que causa en los profesores y guardadores della.

Otra propiedad y excelencia ha de tener la religion y la ley, si es perfecta y verdadera, que ha de hacer virtuosos y buenos á los profesores della. Porque juzgamos de la religion y de la ley, como de todas las artes que se usan en la vida humana. Llamamos mejor piloto al que mejor gobierna una nao, y mejor médico y medicina la que mejor cura y sana las enfermedades. Pues como el oficio de la religion y de la ley sea honrar á Dios y hacer á los hombres virtuosos, atajando con grandes prohibiciones y penas los vicios, síguese que aquella será mas perfecta religion que mas eficaz fuere para estos efectos.

Pues esta excelencia tiene la cristiana religion sobre cuantas ha habido; y ella es de la que mas gloriosos frutos de varones santísimos han nacido en el mundo. Y para declarar algo desto, trataremos primero de los frutos que produjo en la primitiva Iglesia, cuando estaba fresca la sangre de Cristo, y la memoria de sus maravillas y la doctrina de los apóstoles y varones apostólicos, que con el mismo espíritu que ellos fundaban la Iglesia y trabajaban en plantar y cultivar la viña del Señor. Mas para entender cuán grande hazaña haya sido esta, será necesario declarar el estado en que el mundo estaba antes de la predicacion del Evangelio. El cual se entiende por lo que el Apóstol escribe á los de Efeso por estas palabras (*a*): Lo que os pido, hermanos, es que no vivais de la manera que viven los gentiles, que tienen escurecidos sus entendimientos con las tinieblas de la ignorancia y ceguedad de sus corazones: los cuales, perdida la esperanza de la otra vida, se entregaron á todas las torpezas y cobdicias del mundo. Este tan grande mal procedió, lo uno porque no esperaban bien ni mal en la otra vida, como aquí nota el Apóstol, y así les faltaba el freno del temor de Dios, que los apartase del mal; y lo otro porque en lugar del verdadero Dios, autor de toda santidad y limpieza, adoraban dioses sucísimos y deshonestos

(d) Psalm. 22. (e) Rom. 15. (a) Ephes. 4.

tísimos, en los cuales ponían todo género de torpezas y carnalidades. Y por esto no tenían por inconveniente ser tales cuales eran sus dioses. De manera que en aquel tiempo no era el mundo otra cosa sino un revolcadero y cenagal de puerco sucísimos, y una plaza de todos los engaños, y maldades, y mentiras que en el corazón humano pueden haber. Porque juntamente con la idolatría reinaban todos los vicios, de los cuales ella es causa, principio y fin, como dice el Sabio (b). Por lo cual el profeta Esaiás (c) compara los hombres de aquel tiempo con dragones y serpientes, lobos, osos, leones y basiliscos; y al mismo mundo llama un desierto, un páramo y una tierra sin camino y sin labor, donde no hay sino zarzas y espinas y cuevas de serpientes y de bestias fieras.

Pues siendo tales los hombres y tal el mundo, pudo tanto la gracia de Cristo y la predicación del Evangelio, que mudó los lobos en ovejas, y los leones en corderos, y las serpientes en palomas, y los árboles estériles y silvestres en árboles hermosos que llevasen frutos de vida eterna. En lo cual se cumplió lo que el mismo Profeta mucho ántes había denunciado (d) diciendo, que el desierto se mudaría en un lugar delicioso, y la tierra yerma en vergel de deleites. Y esto hecho, añade Ezequiel (e), que los caminantes que por allí pasasen, maravillados desta tan grande mudanza, dirían: Aquella tierra desierta y sin labor se ha hecho un jardín de deleites, significando por estas comparaciones la hermosura y abundancia de la santidad que en el mundo había de florecer con la predicación y gracia del Evangelio. Quien quisiere saber algo de esto, lea las historias eclesiásticas, que dello tratan, y las vidas de los padres del yermo y las corónicas de las órdenes; y ahí verá tan grande número de santos, conviene á saber, de religiosísimos pontífices, de confesores, de purísimas vírgines (que junto con la carne vencieron el mundo), y innumerables monjes, de los cuales unos vivían en la congregación de los monasterios á manera de ángeles, y otros que apartados de la compañía de los hombres moraban en los desiertos, haciendo vida mas que humana.

Pues quien leyere las vidas destes santísimos padres, las cuales escribieron gravísimos autores, no querrá mayor testimonio de la excelencia de nuestra religion que lo que allí verá. Porque verá las noches cuasi enteras sin dormir y sin tener mas cama que el suelo; verá las celdas destes padres tan estrechas, que mas parecían sepulcros de muertos que aposentos de vivos; verá que no usaban de otro mantenimiento que de pan con sal y raíces de yerbas crudas; porque, como dice Sant Hierónimo (f), comer cosa cocida se tenía entre los monjes por cosa de lujuria. Verá una pobreza, así en el vestido como en todo lo otro, la mas estrecha que se puede imaginar. Verá un tan grande despegamiento del mundo y de todos los afectos humanos, que ni á las mismas hermanas que venían á ver sus hermanos querían ver ni hablar. Pues ¿qué diré de aquella insaciabilidad de tratar y conversar noches y dias con Dios sin cansarse ni enfadarse? ¿Qué diré de aquella fe y confianza tan grande que tenían en Dios, con la cual mandaban á los leones y á las bestias fieras y mataban los dragones y serpientes? ¿Qué diré de aquel tan grande amor de la soledad, y de aquel huir de la compañía de los hombres (cuando eran por sus virtudes y milagros estimados) por no perder un punto de aquella

(b) Sap. 14. (c) Esai. 13. et 54. (d) Isai. 53. et 43. (e) Ezech. 56. (f) In vit. PP.

suavísima conversacion que tenían con Dios? Son todas estas cosas tan admirables y tan sobrenaturales, que no se podían sustentar sin ayudas sobrenaturales y sin especialísimo favor de Dios. Y por esto ellas mismas sin otros milagros dan testimonio de la excelencia de nuestra fe y religion. Mas desta materia tratarémos mas á la larga en su propio lugar.

§. I.

Tócase la constancia de los mártires, y excelencia de las virtudes que se profesan en nuestra fe.

Otro indicio de la gran santidad de aquella edad dorada, es la muchedumbre de mártires que en aquel tiempo hubo, en el cual se desarraigó la idolatría del mundo, y se plantó la fe y el conocimiento del verdadero Dios. Cuán grande haya sido el número destes gloriosos caballeros, y cuán crueles los tormentos que padecieron, y cuán grandes las batallas que vencieron, y cuán gloriosamente triunfaron de los príncipes del mundo y del infierno, ni hay palabras para lo explicar, y apenas se podrá creer. Y por ser esta materia tan grande, que con pocas palabras no se puede dignamente tratar (g), quedará para otros lugares desta escriptura.

Pues en esta tan admirable fe y constancia de los mártires se ve cuán grande era la virtud y santidad de los que tales cosas padecían, por no estar un solo momento en desgracia de su Criador. Porque desta santidad procedía esta tan grande fortaleza, como el mismo Salvador nos enseñó; el cual despues de haber declarado en aquel divino sermón del monte los principales documentos de la vida evangélica, al cabo dijo (h): El que oye estas mis palabras, y las pone por obra, será semejante á un hombre que edificó su casa sobre una peña firme. Por donde siendo combatida con las crecientes de los rios, y con los torbellinos de los vientos y de las lluvias, no por eso cayó, porque estaba fundada sobre firme piedra. Esta piedra firme es la fortaleza de todas las virtudes que de la gracia proceden, y señaladamente de la caridad, de la cual se escribe en los Cantares (i), que las muchas aguas no podrán apagar el fuego de la caridad, ni las avenidas de los rios la anegarán. Pues ¿de dónde procedió esta tan admirable santidad, causadora de tan admirable fortaleza, sino de la profesion y religion cristiana, en la cual tan grandes ayudas se dan para hacer á los hombres mas que hombres, esto es, celestiales y divinos?

Alegará por ventura alguno que entre los filósofos no faltaron hombres virtuosos y continentes. A esto primeramente respondo, que no merece nombre de perfecta virtud la que no tiene por fin á Dios, y no se endeiza á su gloria.

¿Qué aprovecha, dice Sant Augustin (k), el bien vivir, por el cual no se alcanza el bienaventurado vivir? Sócrates fué entre los filósofos muy alabado de continente, y entre sus alabanzas pone una Platon su discípulo (la cual refiere Quintiliano) diciendo, que un hermoso mancebo llamado Alcibiades se le ofreció para que usase dél como quisiese; mas que él fué tan continente que no quiso usar de aquella licencia que tan liberalmente se le ofrecía. ¡Oh admirable virtud de conti-

(g) Infr. cap. 15. y del 16. adelante. (h) Math. 7. (i) Cant. 8. (k) De Divers. tract. 1. de Discip. Christ. cap. 1. tom. 9. et de Ver. D. Sec. 10. serm. 64. cap. 1. tom. 10. et contr. Acad. lib. 1. cap. 2. tom. 1.

nencia, no querer usar del vicio por el cual hoy dia se quemán los hombres! ¿Qué virtud y qué alabanza es tan estimada, carecer de un vicio tan abominable! Tambien podrán alegar la continencia de las vírgines vestales que habia en Roma. ¿Qué tiene que ver esto con millares de vírgines nobilísimas, que en todas las partes de la Cristiandad se consagraron á Dios, despreciadas grandes riquezas y casamientos? Tambien en Roma hubo algunos hombres esforzados que pusieron la vida por la patria. ¿Qué tiene que ver esto con millares de cuentos de hombres, y mujeres, y niños, y vírgines delicadas que se dejaron hacer mil pedazos, no por la salud temporal de la patria, sino por la gloria y honra de su Criador? ¿Qué tiene que ver esto con la fortaleza de las madres, que consintieron ser despedazados sus hijos mancebos delante de sus ojos, por no quebrantar la fe y lealtad que debían á su Dios? ¿Hay fortaleza debajo del cielo que no parezca sombra comparada con esta? Tambien hubo algunos filósofos que despreciaron las riquezas por entregarse á la filosofia. Cuántos hayan sido esos, podemos contar por los dedos; y en lugar de esos pocos, os daré yo millares de religiosos en cuantas órdenes ha habido y hay en la Iglesia, y muchos entre ellos muy ricos y grandes señores, los cuales todo eso junto con la propia voluntad, y con todos los deleites sensuales, renunciaron por amor de Dios. Tambien hubo filósofos abstinentes, que se contentaban con viles manjares, y se daban á la contemplación de las obras de naturaleza. Mas ¿qué proporcion tiene esto con millares de monjes santísimos, los cuales morando en los desiertos, apartados de la compañía de los hombres, se mantenían con raíces de yerbas, y á veces pasaban dos y tres dias sin desayunarse, y algunas veces la semana entera, ocupando los dias y las noches con increíble suavidad en la contemplación de su Criador, como refiere Filon de los fieles que moraban cerca de Alejandría, y como se escribe de millares de monjes que moraban por los desiertos? Por lo cual es cierto que todas aquellas virtudes filosóficas apenas merecen llamarse sombras y figuras de las nuestras. Antes parece que así como los ximios hacen algunas cosas en que en alguna manera imitan las obras de los hombres, así todas estas virtudes de filósofos se pueden llamar obras de ximios, si se comparan con las virtudes de los santos varones que aquí habemos referido.

§. II.

Que no desdora la religion que muchos cristianos viven mal, y de las medicinas con que se cura esta dolencia.

Mas dirá por ventura alguno: si es tan grande la eficacia de la religion cristiana para hacer virtuosos á los profesores della, ¿cómo vemos el dia de hoy tan pocos seguir esa virtud, muchos de los cuales viven como si ninguna fe ó religion tuviesen? A los que esto dicen preguntaré yo: ¿Qué provecho recibiría un enfermo, si estando en un hospital muy bien proveido de médicos y medicinas no quisiese aprovecharse dellas? Pues así digo, que la fe y religion de la Iglesia cristiana es un hospital proveido de todas las medicinas espirituales ordenadas por aquel sapientísimo médico que nos vino del cielo para la cura de nuestras ánimas. Pues si yo de ninguna destas medicinas uso ni tengo cuenta con ellas, ¿qué provecho me pueden acarrear?

Y si me preguntáredes qué medicinas sean estas, y cómo tengo de usar dellas, á esto respondo que son mu-

chas y diversas; pero cuatro son las mas principales que aquí summariamente apuntarémos. Entre las cuales la primera es la fe, que son los artículos y misterios que ella confiesa. Y para aprovecharnos desta excelente medicina, no basta rezar el credo secamente como lo pronunciaría un papagayo, sino es menester entender y ponderar lo que comprehenden esos misterios que creemos. Pongamos ejemplos. Cuando confesamos que Dios es Padre, pensemos que no solo es Padre de su unigénito Hijo, sino tambien de todos los justos que son hijos adoptivos suyos, de los cuales de tal manera es Padre que, como nos lo certificó su unigénito Hijo (l), no hay padre en la tierra que en la voluntad y amor, y en el cuidado y providencia de padre, y en el tratamiento y regalo de padre se pueda comparar con él. Pues aquí tiene el hombre remedio para todas sus necesidades, alivio para sus trabajos, consuelo para sus tristezas, esfuerzo para sus peligros, y obligación para amar á este Padre, y tratarse como hijo suyo, conservando con la pureza de la vida la dignidad desta nobleza.

Pasais luego mas adelante al Hijo, y confesais que tomó carne de una Virgen santísima, y no solo se hizo hombre, sino tambien padeció, y fué muerto y sepultado por el remedio de los hombres. Pues quien esto considerare, ¿cómo podrá dejar de amar á quien tanto lo amó, á quien tanto por su causa padeció, á quien por un medio tan costoso le redimió, y á quien tan grande bondad y caridad en esta obra le descubrió, y tan grande beneficio le hizo? ¿Cómo podrá dejar de aborrecer el pecado, cuyo perdon y remedio tan caro le costó? Y ¿cómo podrá emplear la vida en el regalo de su carne mal inclinada, pues él con tanto rigor por las culpas ajenas trató la suya inocentísima? Pues si sobre todo esto considerare profundamente aquellos tres postreros artículos de la fe, que son la venida deste Señor á juicio, y la gloria perdurable que ha de dar á los buenos, y la pena eterna, y aquellas temerosas llamas de fuego con que para siempre han de ser en cuerpo y ánima atormentados los malos, junto con el destierro perpetuo del cielo, y con la privación de la vision beatífica de Dios; y esto sin esperanza ni de misericordia, ni de perdon, ni de remedio, ni de revocación ó mitigación de la sentencia dada (lo cual todo se ha de ejecutar en la hora de la muerte, que á cada momento nos amenaza), ¿quién será tan enemigo de sí mismo, y tan duró de corazón, que no le tiemble la contera, si cada cosa destas considera profundamente? Esta es pues la primera medicina y la primera ayuda que nos da la religion cristiana para la virtud.

La segunda es el uso de los sacramentos, que son propias medicinas de las llagas y dolencias de nuestras ánimas, inventadas y ordenadas por aquel piadoso Samaritano (m) que infundió olio y vino sobre las llagas del herido. Porque aquel Señor, que tantas especies de yerbas medicinales crió para la cura destes cuerpos mortales que tenemos communes con las bestias, no habia de dejar sin medicinas á las ánimas inmortales que tenemos communes con los ángeles; pues no son menores las enfermedades á que están subjectas que nuestros cuerpos. Mas entre estos sacramentos, los que mas á menudo se pueden recibir son el de la confesion y el de la sagrada comunión. De los cuales el uno sirve para curar las llagas del ánima, y para resuscitarla de muerte á vida, y el otro para conservarla sin pecado en

(l) Luc. 11. (m) Luc. 10.

la vida recibida. La virtud y eficacia destes dos sacramentos para estos efectos susodichos, y para otros muchos, con ningun género de palabras se puede explicar. Y por no hacer injuria á cosa tan grande, hablando della brevemente, no dirémos aquí mas, porque esto queda para otro lugar.

La tercera ayuda que nos da esta sancta religion es, encomendar muchas veces el uso y continuacion de la oracion; la cual es remedio comun de todas las necesidades, y una medicina general para todos los males. Los sacramentos tienen particulares efectos que obran en las ánimas, y las otras virtudes tienen tambien particulares materias y oficios en que se ejercitan; mas la oracion vale para todas las cosas, y particularmente es remedio contra el pecado. Y así con ella armó nuestro Salvador á sus discípulos la noche de la Pasion, cuando les dijo (n): Velad y orad, porque no caigais en tentacion. Y conforme á esto el Eclesiástico dice (o) que el que guarda la ley multiplica la oracion; dando á entender que es muy grande ayuda para la guarda de la ley el socorro de la oracion. Callo otros muchos lugares, donde la continuacion desta virtud muy encarecidamente se nos encomienda. Destas tres ayudas para la virtud nada supieron ni escribieron los filósofos, aunque se vendian por maestros de la vida humana. Porque ni tenían fe, ni sacramentos, ni sabían qué cosa era oracion; porque no esperaban favores del cielo para alcanzar la virtud, sino de sí mismos y de sus propias fuerzas.

Con estas tres ayudas podemos juntar la palabra de Dios, oída, ó leída, ó devotamente pensada y rumiada, de cuyo fruto y provecho tratamos ya al principio deste libro (p). Estas son cuatro muy principales ayudas para alcanzar la virtud y la perfeccion de la vida cristiana. Y digo para alcanzarla, porque no consiste en ellas la perfeccion desta vida, mas son medios y instrumentos muy eficaces para conseguirla, así como las medicinas lo son para alcanzar la salud, las cuales serían ociosas, si no se siguiese este fruto dellas.

Pues tornando al propósito, si son tan pocos los cristianos que usen destas medicinas, si tan léjos están y tan desacordados de pensar en los misterios de la fe que profesan, si nunca se llegan á los sacramentos sino forzados con censuras, si no gastan siquiera una hora de veinte y cuatro que tiene el día en encomendarse á Dios y pedirle favor y su gracia contra los pecados (que por todas partes nos tienen cercados), si nunca toman un libro devoto en las manos, ni oyen con atencion y deseo de aprovechar la palabra de Dios, ¿qué les puede ayudar el título de cristianos, si no usan de los socorros y medicinas que esta sancta religion nos propone para ayudarnos á la virtud, y criar en nuestros corazones temor y amor de Dios, y odio contra el pecado? Dadme vos una persona que usando destes remedios esté desmedrada en la virtud, y valdrá algo vuestra objeccion. Mas por experiencia se ve, que todas las personas que usan dellos, cada día van creciendo y aprovechando mas en el amor de Dios, y aborrecimiento del pecado, y en toda virtud.

CAPITULO XI.

De la nona excelencia de la religion cristiana, que es alcanzarse por ella la verdadera felicidad y último fin del hombre.

La nona excelencia de la religion cristiana es, alcanzarse por ella la felicidad y último fin del hombre. Para

(n) Matth. 26. (o) Eccli. 53. (p) I. Part. cap. 1.

la inteligencia desto, es de saber que aunque el principal oficio de la verdadera religion sea hacer á los hombres buenos y virtuosos, mas no pára ella aquí, sino pasa mas adelante pretendiendo hacerlos bienaventurados. Para lo cual toma por medio la virtud, que es la escala por do se sube á esta bienaventuranza. De modo que aunque la virtud sea digna de grande estima y veneracion, mas no consiste en ella nuestro último bien, como los filósofos estoicos afirmaban (a), mas solamente es medio y camino para alcanzar este summo bien. Por manera que así como el fin del buen estudiante no es estudiar, sino alcanzar la sciencia por medio del estudio, y el fin del labrador no es cultivar y labrar la tierra, sino coger los frutos della: así el último fin de la ley no es solamente hacer al hombre virtuoso, sino bienaventurado; y para llegar á esto lo hace virtuoso. Lo primero es oficio de la ley, lo segundo es fin.

Mas que esta bienaventuranza no se pueda alcanzar en esta vida (por ser llena de infinitas miserias), al principio deste libro (b) lo disputamos y concluimos. Pero aquí es de saber que hay dos maneras de bienaventuranza: una consumada y otra comenzada. La consumada está guardada para los fieles siervos de Dios en la otra vida, donde verán claramente aquel summo y universal bien en quien están todos los bienes, y así no tendrán mas que desear. Pero la comenzada es aquella de que los amigos de Dios gozan en esta vida, la cual participa este nombre de bienaventuranza por alguna semejanza que tiene con la otra. Y si preguntáremos en qué género de bienes consista ella, no será necesario andar derramados como los filósofos inquiriendo qué bienes sean estos; porque el Apóstol (c) nos saca desta perplejidad, diciendo que el reino de Dios no es comer ni beber, sino justicia, y paz, y alegría en el Espíritu Sancto. En las cuales palabras señala tres maneras de bienes: el primero es justicia, que es sanctidad y buena vida, la cual es fundamento de la verdadera paz (como dice Esaías) (d), y desta paz y justicia nace el alegría de la buena consciencia y el gozo del Espíritu Sancto, que es el sello y cumplimiento desta bienaventuranza. El cual gozo comunmente anda en compañía de la caridad como hijo della; y desta manera consideramos aquí este gozo, hermanado y ayuntado con su madre.

Esta es aquella paz de que dice el Profeta (e): Mucha paz tienen, Señor, los que guardan vuestra ley, y no hay cosa que los ofenda y escandalice. Y en otro lugar dice el Señor por Esaías (f): ¡Oh si tuvieses, hombre, cuenta con mis mandamientos! porque luego derramaria yo sobre tí como un río de paz. Y llámala aquí río, lo uno por la grandeza desta paz que Dios da, muy diferente de la que da el mundo; y lo otro porque esta paz, á manera de río, apaga el encendimiento y ardor de nuestras cobdicias, y pasiones y apetitos, que son los perturbadores desta paz, los cuales por virtud desta paz y de la justicia vienen á sosegarse; como lo significó Salomon por estas palabras muy dignas de notar (g): Cuando agradaren á Dios los caminos del hombre, hará que sus enemigos tengan paz con él. Pues no tiene el hombre otros mas crueles enemigos que despedacen su corazón, y le hagan guerra cruel, sino la vehemencia y furia de sus apetitos y pasiones, y deseos ansiosos de cosas que

(a) Contr. quos Aug. lib. 9. de Civit. Dei, cap. 5. (b) Cap. 3. §. 4. (c) Rom. 14. (d) Esaí. 52. (e) Psalm. 118. (f) Esaí. 48. (g) Prov. 16.

no puede alcanzar; los cuales quieta Dios por medio desta paz y justicia. Mas cuál sea esta paz, no lo puede entender sino quien ha gozado della; porque, como dice el Apóstol (h), sobrepuja todo sentido: que es todo lo que el entendimiento humano puede por sí alcanzar.

Ni tampoco puede estimar ni conocer cuán grande sea el gozo en el Espíritu Sancto, que desta paz y justicia procede, sino el que por experiencia lo ha probado; como claramente lo dice el Señor por estas palabras (i): Al que venciére daré yo un maná escondido, el cual nadie conoce sino el que lo ha probado. Donde por el maná, que era un manjar que tenia en sí toda suavidad, entiendo este gozo y alegría espiritual, la cual sobrepuja todos los gustos y deleites del mundo, como la Esposa lo significó, cuando hablando con su Esposo dijo (k), que sus pechos eran mas suaves que el vino. Entendiendo por los pechos la leche suavísima de las consolaciones espirituales con que él recrea las ánimas devotas, y por el vino todos los gustos y deleites del mundo. Pues este maná tan suave dice aquí el Señor que nadie lo conoce sino quien lo ha probado.

§. I.

Testimonios sagrados, ejemplos, y conjeturas de la divina suavidad.

Pues dirá alguno: ¿de qué sirve tratar agora vos de cosa tan escondida? Porque el que la ha gustado, mejor la conocerá por la experiencia que por vuestras palabras; y si no la ha probado, no bastarán palabras para que sepa lo que es, pues está escondida. A esto respondo, que todavía hay razones y conjeturas, y testimonios de las sanctas Escrituras, y ejemplos y dichos de los sanctos, y muchos otros argumentos, por los cuales podemos en alguna manera conjeturar qué tan grande sea la suavidad de este maná, lo cual no será de poco provecho para el estudioso lector. Porque como en la grandeza desta paz y deste gozo se remate la felicidad y bienaventuranza desta vida, y los hombres, como arriba dijimos (l), tengan un grande apetito y deseo natural desta felicidad, podrá ser que algunos convencidos con la fuerza desta razon, quieran dar de mano á todas las bienaventuranzas falsas, engañosas y mentirosas que los hombres del mundo procuran, y buscar esta, que es la verdadera, y que sola ella en su grado quieta los corazones humanos.

Y porque dijimos que esta bienaventuranza comenzada tiene alguna semejanza con la otra consumada que esperamos, traigo por testigo desto á Sant Bernardo, el cual hablando con Dios dice así (m): Algunas veces pones tú, Señor, en la boca de mi corazón que suspira por tí, una cosa que no me conviene á mí saber lo que es. Siendo la dulzura y la suavidad della, la cual es tan grande, que si en mí se continuase, no tendria mas que desear. Pues esta es una de las principales propiedades de la verdadera bienaventuranza, dar cumplido reposo y satisfaccion al corazón humano. Y así contento con lo que posee, no desea ni suspira por mas; porque tiene dentro de sí á Dios, fuente de toda suavidad; y contento con este bocado pierde la hambre de todas las otras cosas que ántes deseaba.

Mas para tratar de la grandeza deste gozo, era necesario tratar primero de la grandeza del amor con que

(h) Philip. 4. (i) Apoc. 2. (k) Cantic. 4. (l) Cap. 5. (m) Sup. Cant. ser. 31 et 74.

aquella summa bondad ama las ánimas puras y humildes; porque sabido esto, no sería increíble aun á los muy incrédulos lo que acerca desta materia dijésemos. Mas este no es su propio lugar. Baste saber que, como Sant Crisóstomo dice (n), este amor es tan grande que ninguna aficion de los amadores de la hermosura de alguna criatura (aunque sea de aquellos que andan como locos con la fuerza de sus aficiones) se puede comparar con la grandeza deste amor. Pues por aquí en alguna manera se entenderá cuáles sean las consolaciones con que este tan grande amador recrea, esfuerza y apacienta las ánimas que así ama.

Destas pues dice él hablando con sus siervos por Esaías (o): A mis pechos seréis llevados, y sobre mis rodillas os asentaré, y regalaré; y de la manera que una madre halaga un hijo pequeñito, así yo os consolaré. Verlo heis así cumplido, y alegrarse ha vuestro corazón, y vuestros huesos así como una yerba florecerán. Hasta aquí son palabras de Dios por su Profeta. Pues ¿quién pudiera imaginar que palabras tan regaladas pudieran proceder de aquella incomprehensible Majestad, y esto para con una criatura que en presencia dél es mucho ménos que una hormiga? Mas ¿qué otra cosa nos quiso este Señor declarar por estas tan dulces palabras, y por esta comparacion del regalo de la madre para con su hijo chiquito, sino la grandeza del amor que tiene á las ánimas puras y humildes, y los regalos con que las consuela y recrea en esta vida, mientras se dilata el alegría de la otra? Muy bien entendia esto (como quien tantas veces lo habia probado) el sancto rey David en medio del aparato y resplandor de la casa real, cuando maravillado de la grandeza desta suavidad decia (p): ¡Cuán grande es, Señor, la muchedumbre de vuestra dulzura, la cual teneis escondida para los que os temen! Y dice muy bien escondida; porque, como ya dijimos, no la conoce sino quien la ha probado. La cual dulzura aunque propriamente se recibe en el ánima, mas á veces es tan grande, que así como los rios con las avenidas salen de madre, así ella redunda en la misma carne, dándole unos como relieves de los manjares que ella goza, y haciéndola participante de su alegría. Lo cual tambien confiesa el mismo Profeta (q), cuando dice: Mi corazón y mi carne se alegraron en Dios vivo. Pues esta alegría, así como se funda en Dios y es causada y obrada por él, así es conforme á quien él es, que en todas sus obras es grande, en todas Dios. Si no, decidme, ¿qué regalo era aquel que la Esposa quiso significar en sus Cantares (r), cuando dijo: La mano siniestra tiene puesta el Esposo debajo de mi cabeza, y con su diestra me abrazará? Pues este regalo y consolacion es tan grande, que muchas veces arrebatá, y lleva en pos de sí todas las fuerzas y sentidos, así interiores como exteriores del hombre, de tal modo, que le es grande tormento divertirse de aquello que está gozando, á oír, ó hablar, ó entender en otra cosa; porque por todo el mundo no querría perder un punto de aquello que goza. Y así se escribe de la virgen Sancta Clara, que habiendo recibido en la fiesta de la Epifanía una grande consolacion de nuestro Señor, de tal manera tenia robados y embebidos sus sentidos en aquella consolacion, que por muchos días le era necesario hacerse gran violencia para estar atenta á lo que le decian. De Sant Bernardo tambien leemos,

(n) Dissim. Centur. 4. Dissim. 27. tom. 5. (o) Esaí. 66. (p) Psalm. 50. (q) Psalm. 85. (r) Cant. 2.